



Recreación del momento en el que se producirían las icnitas (huellas en ceniza cementada volcánica) de Laetoli. Fueron encontradas en 1978 por Mary Leakey. / MAURICIO ANTÓN

ARQUEOLOGÍA

El Museo Arqueológico Regional de Madrid acoge hasta el mes de julio la primera exposición sobre el origen del hombre y su evolución en África que se organiza fuera de este continente

Así se mecía la cuna de la Humanidad

ESTHER ALVARADO / Madrid
La Humanidad nació en África. Concretamente en un rincón al norte de Tanzania; en la Garganta de Olduvai, donde el clima y el paisaje invitaron a los primates a bajarse de los árboles y salir a la sabana erguidos, por fin, sobre sus piernas. Hasta aquí la teoría por todos conocida. La práctica ha salido, por primera vez, fuera de África y puede paladearse en el Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid (Alcalá de Henares), desde el lunes y hasta el mes de julio, antes de pasar el resto del año en el Museo de la Evolución Humana (Burgos).

La ocasión es única e histórica, porque por primera vez 200 piezas celosamente custodiadas por el equipo que dirigen los arqueólogos Enrique Baquedano, director del museo, y Manuel Domínguez-Rodrigo, profesor de Prehistoria en la Complutense, pueden contemplarse rodeadas de explicaciones, recreaciones audiovisuales, un documental de Javier Trueba sobre los trabajos en la Garganta de Olduvai y grandes ilustraciones de Mauricio Antón que recrean el entorno de la época.

«La intención es que el público comprenda cómo surgió el género humano y cómo evolucionó en África desde hace cuatro millones de años hasta el *Homo sapiens* arcaico (hace 180.000 años)», comenta Baquedano. «Toda esta exposición se hace gracias a los 25 años de trabajo de mi socio, Manuel Domínguez-Rodrigo, en África, concretamente en la falla del Rift», añade el investigador.

Cuando el homínido baja de los árboles se dan varias circunstancias que denotan un paso de gigante en la evolución: «La bipedestación (co-

mienzan a caminar sobre sus pies), introducen en la dieta grandes cantidades de carne y les crece el cerebro, lo que afecta a su comportamiento». Y toda esa evolución, desde el paso del *Australopithecus* hasta el *Sapiens* arcaico está contenido en la Garganta de Olduvai.

De allí se han traído, en colaboración con el Museo Nacional de Tanzania de Dar es Salaam, más de 200 piezas, algunas de ellas originales de incalculable valor científico, como un trozo del radio de un homínido *Paranthropus* (OH80), descubiertas por el equipo español en el lecho dos de Olduvai, con 1,6 millones de antigüedad.

El *Paranthropus* era la rama que desapareció paralela a la del *Australopithecus*. «Conocíamos muy bien el cráneo, pero no sabíamos cómo era el resto del cuerpo», comenta Baquedano ante un trozo asombrosamente grueso de un radio perteneciente a este ser. Lo encontraron en las excavaciones españolas entre 2010 y 2011 y el pasado mes de diciembre se publicó el artículo correspondiente en la revista *Plos One*. «Tiene tres veces la fuerza en el brazo de un neandertal y pesaban unos 80 kilos de media», añade el experto.

«También contamos la historia del *Homo habilis*, primer representante de

nuestra especie y del *Homo ergaster* africano (*Homo erectus* en Europa); que se parecían a nosotros en que eran muy altos y tenían más capacidad craneal», explican los comisarios durante el montaje.

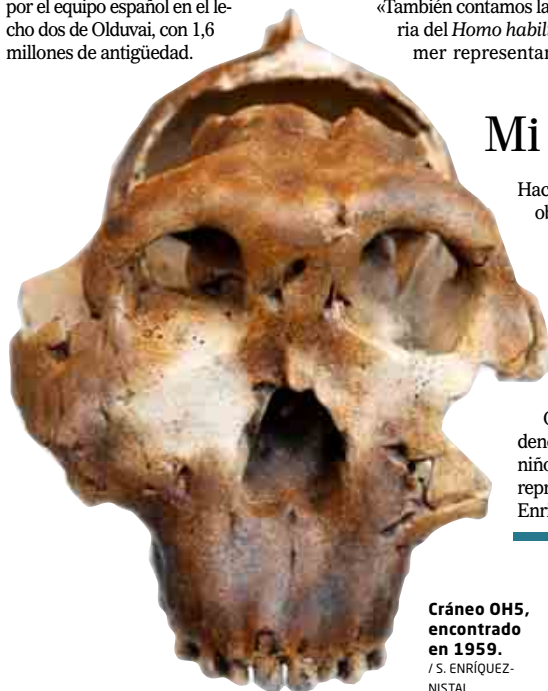
Para entender la historia de los homínidos, como decía el paleontólogo británico Louis Leakey (1903-1972), «hay que fijarse también en el entorno». Por eso la muestra está llena de restos de fósiles de animales que convivieron con aquellos antepasados nuestros entre el Plioceno y el Pleistoceno inferior. Como el *pelorovis*, una especie de búfalo gigante con el doble del tamaño de los búfalos actuales; félidos dientes de sable;

cambiado mucho el paisaje, y más en «la falla del Rift, donde se produjo un acortamiento de la corteza terrestre dando lugar a un gran número de volcanes», añade Baquedano. Esa actividad volcánica y la ceniza que expelían sus chimeneas ayudaron a conservar a la perfección las huellas de aquellos primeros homínidos erguidos y las de los animales del entorno y un molde de esas huellas luce con aspecto reciente en la exposición.

También hay herramientas. Desde las primeras etapas de la talla de piedra, a la irrupción de las innovaciones achelenses y las de obsidiana. El conjunto lítico procede de 56 localidades, como Peninj, donde los hallazgos han sido notables.

«Si alguien me hubiera dicho alguna vez que los españoles íbamos a liderar las excavaciones en Tanzania, hubiese pensado que deliraba», asegura Baquedano, señalando a Domínguez-Rodrigo como el mejor experto del mundo en tafonomía (interpretación de las

marcas que quedan en los huesos). Ambos siguen las huellas de Louis y Mary Leakey, Kohl-Larsen, Richard Hay, Don Johanson, Tim White... una lista a la que cada vez más se añaden nombres españoles.



Cráneo OH5, encontrado en 1959. / S. ENRIQUEZ-NISTAL

Mi querido niño...

Hace más de dos millones de años, un importante cambio climático obligó a los homínidos a adaptarse a su entorno. Fueron desapareciendo los *Australopithecus* gráciles y entraron en escena los robustos o *Paranthropus* y los *Homo*. Desde que se supo que el origen del hombre estaba en África, cientos de arqueólogos occidentales han viajado hasta Olduvai para encontrar la parte de la prehistoria que no encontramos en nuestro suelo. Desde 1930, con Louis y Mary Leakey, los hallazgos en estas excavaciones se sucedieron. En 1959 se produjo una de las mayores epopeyas de la investigación en Olduvai: el descubrimiento del cráneo de un homínido OH5 al que denominaron *Zinjanthropus*, o cariñosamente *Dear Boy* (querido niño). En 1960 se halló el primer diente de *Homo habilis*, el primer representante del género *Homo* («uno de los nuestros», como dice Enrique Baquedano) y en 1965 un cráneo de *Homo erectus*. / E. A.

un *sivatherium* (primo lejano de la jirafa)... pero también elefantes, rinocerontes, hienas y cocodrilos (cuyos dientes aparecen marcados en los huesos de los homínidos). En cuatro millones de años ha